

2.º, el *amor sexual* acompañado de selección determinada (*amor*), que es la vida de la especie estableciendo su supremacía sobre la del individuo, y 3.º, la *magia* en que se comprenden el magnetismo animal y las curas simpáticas. Se puede definir la simpatía como la manifestación empírica de la identidad metafísica de la voluntad en todos sus fenómenos, indicio de un encañamiento diferente del que producen las formas fenomenales comprendidas dentro del principio de razón.

## CAPITULO XLVIII (1).

### TEORÍA DE LA NEGACIÓN DE LA VOLUNTAD DE VIVIR

El hombre ha adquirido la existencia y el ser sea por su voluntad, es decir, con su consentimiento, ó sea sin su consentimiento; en el segundo caso una existencia como la suya, llena de amargura y de dolores inevitables y sin número, es una flagrante injusticia. Los antiguos, especialmente los estoicos y también los académicos y los peripatéticos, trataron en vano de probar que la virtud bastaba para hacer felices á los hombres. En el fondo, la razón de los esfuerzos que en este sentido hicieron los filósofos, razón de que no se daban cuenta claramente, era la hipótesis de que sería justo que sucediera así; el inocente debería estar exento de dolor, y, por lo tanto, debería ser feliz. Pero esta no es la solución seria y profunda del problema, la solución está en el dogma cristiano que enseña que las obras no justifican. Por más que el hombre practique la justicia y la caridad, siendo lo que los griegos llamaban *αγαθόν* y los latinos *honestum*, no por eso será *culpa omni carens*, como dice Cicerón (*Tusc.*, V, 1). La verdad está en la sentencia de Calderón, el poeta á

(1) Este capítulo se refiere al § 68 del primer volumen. Véase también el cap. XIV del 2.º volumen de *Parerga*.

quien los sentimientos cristianos inspiraban un conocimiento más perspicaz que el de los sabios de la antigüedad: *el delito mayor del hombre es haber nacido*. Y no puede parecer absurdo que se nazca ya culpable más que á aquel que crea que el hombre acaba de salir de la nada en el mismo instante que nace, y que es obra de mano ajena. Es, pues, el pecado original consecuencia necesaria de su propia voluntad, lo cual le entrega, en toda justicia, y á pesar de sus virtudes, á los padecimientos morales y físicos; por eso no puede ser feliz. Tal es el efecto de la justicia eterna de que he tratado en el § 63 del primer volumen. Si San Pablo (Romanos, III, 21 y siguientes), San Agustín y Lutero enseñaron que las obras no justifican y que somos y seguimos siendo pecadores, es porque *operari sequitur esse*, y, por consiguiente, para obrar como debiéramos sería preciso que fuéramos también como deberíamos ser. Mas en este caso no tendríamos necesidad de lo que el cristianismo, lo mismo que el brahmanismo y el budhismo, nos dan como fin supremo, de una *redención* (que las dos religiones de la India llaman emancipación final) que nos saque de nuestra condición actual. En otros términos no tendríamos necesidad de volvernos otros, ó hablando más exactamente, de volvernos lo contrario de lo que somos. Pero como no somos lo que deberíamos ser, no obramos como deberíamos obrar. Por eso tenemos necesidad de una transformación completa de nuestros sentimientos y de nuestro ser, de un renacimiento, que nos traiga la salvación. La falta puede estar en el *operari*, en la conducta, pero la fuente será siempre nuestra *essentia et existentia*, como tengo demostrado en mi Memoria sobre el libre albedrío. A decir verdad, nuestro único pecado verdadero es el pecado original. El mito cris-

tiano le coloca después de la aparición del hombre, y atribuye á éste, además, la ficción de una voluntad libre, cosa imposible, pero sólo lo hace por vía de alegoría. La sustancia y el sentido verdadero del cristianismo son los mismos del budhismo y del brahmanismo: los tres enseñan que el hombre es culpable por el mero hecho de su existencia; sólo que el cristianismo, á diferencia de las otras dos religiones, que son sus hermanas mayores, no procede franca y directamente, no achaca la falta abiertamente á la existencia, sino que hace que la cometa la primera pareja humana. Esto sólo era posible por medio de la ficción de un libre albedrío de indiferencia, y esto, á su vez, sólo era necesario á causa del dogma fundamental judío, sobre el cual necesitaba injertarse la doctrina cristiana en este punto. La existencia del hombre es, en realidad, fruto de su libre albedrío; se confunde con la caída del primer hombre, y el pecado original, cuyas consecuencias son todos los demás, apareció á la vez que la *essentia* y la *existentia* del hombre; pero como el judaísmo no admite esta interpretación, San Agustín enseña (*de libero arbitrio*) que el hombre sólo fué inocente antes de la caída y sólo tuvo libre albedrío en Adán, y que desde entonces está fatalmente sumido en el pecado.

La ley, en el sentido bíblico, ó νόμος, ordena constantemente cambiar de conducta, mientras que nuestra naturaleza continúa invariable. Como esto resulta un contrasentido, San Pablo dice que nadie se justifica ante la ley, y que sólo el renacimiento en Jesucristo, por efecto de la gracia, operando la renovación total del hombre viejo (es decir, una transformación absoluta de nuestros sentimientos), puede sacarnos de la esclavitud del pecado, volviéndonos la libertad y la

salvación. Tal es el mito cristiano en lo relativo á la moral. El teísmo judío, sobre el cual fué injertado, tuvo que aceptar, ciertamente, extrañas adiciones para poder adaptarse á él; la fábula de la caída del hombre por el pecado era el único punto propicio para recibir el injerto sacado del antiguo tronco indio. A esta dificultad, que sólo ha podido resolverse mediante violentos esfuerzos, debemos atribuir las apariencias tan extrañas de los misterios cristianos que repugnan al sentimiento vulgar y han sido un estorbo para la obra de proselitismo de esta religión. La incapacidad para comprender la profunda significación que encierran, produjo el pelagianismo, y en nuestros días el racionalismo, que elevan la voz contra estos misterios, y tratando de suprimirlos por medios exegéticos, no hacen más que volver el cristianismo al judaísmo.

Dejemos ya los mitos. Mientras nuestra voluntad siga siendo la misma, el mundo no podrá cambiar. Es cierto que todos los hombres desean verse emancipados de esta condición de dolor y de muerte; querrian, como se dice comúnmente, llegar á la beatitud eterna y entrar en el reino de los cielos, sólo que no quieren andar el camino con sus propias piernas y preferirían ser llevados por el curso de la naturaleza. Esto no es posible. La naturaleza no nos dejará jamás caer de sus brazos para ser aniquilados, pero tampoco nos conducirá nunca á otra parte que á su propio seno; y cada cual sabe por la experiencia de la vida y la muerte cuán aventurado es existir como parte de la naturaleza.

La existencia no puede ser considerada más que como un camino errado; toda ella lleva este sello. La salvación consiste en hallar el buen camino. Así la con-

cebían las antiguas religiones samaneas y el cristianismo primitivo, aunque éste lo hiciera mediante un rodeo. Hasta en el judaísmo, el pecado original (que es su *redeeming feature*, el rasgo que redime lo demás) encierra el germen de esta concepción. El paganismo griego y el islamismo son las dos únicas religiones absolutamente optimistas. Por eso en Grecia el sentimiento contrario sólo pudo revelarse en la tragedia, y en el Islam, la más reciente y la peor de las religiones, se ha manifestado en el safismo, hermosa doctrina procedente de la India, impregnada de espíritu indio y que se conserva desde hace más de mil años.

No se puede señalar otro fin á la existencia que el de convencernos de que valdría más no existir. Esta es la más importante de todas las verdades, y es necesario proclamarla, por contradictoria que sea con las opiniones que dominan actualmente en Europa. En cambio, es reconocida y profesada, lo mismo hoy que hace tres mil años, por todo el Oriente no musulmán.

Si consideramos la voluntad de vivir objetivamente y en conjunto, debemos representárnosla, con arreglo á lo anterior, como descarriada por un error. El desengaño, es decir, la negación de todo lo que venía persiguiendo, es lo que las religiones llaman la negación de sí mismo, pues lo que entienden por *sí mismo* es la voluntad de vivir. Las virtudes morales, la caridad y la justicia que, cuando son sinceras, nacen de que la voluntad de vivir ha traspasado el principio de individuación y se ha reconocido como idéntica en todos sus fenómenos, son un primer indicio, un síntoma de que la voluntad del individuo no está estrechamente atada al error y de que la desilusión se apro-

xima; podría decirse que bate ya las alas, preparándose á volar.

Por el contrario, la injusticia, la maldad, la crueldad, son las señales positivas del profundo extravío en que se halla sumida la voluntad. Además, las mismas virtudes morales son un estímulo para la renuncia y la negación de la voluntad de vivir. La verdadera equidad, la inviolable justicia, la primera y más importante de las virtudes cardinales, es obra tan difícil, que para consagrarse á ella sin reservas y de todo corazón, hay que hacer sacrificios que quitan á la vida las dulzuras que nos ofrece para que nos contentemos con ella, y que desviando de ella á la voluntad, nos impulsan á la resignación. Lo que hace á la equidad tan respetable son los sacrificios que cuesta; en las cosas pequeñas no nos inspira admiración. Su esencia real consiste en que el justo no procura, como el inicuo, echar sobre otro las cargas y los dolores de la vida por medio de la astucia ó de la violencia, sino que lleva él mismo la carga que le corresponde; la parte correspondiente á toda existencia humana pesa por entero sobre sus espaldas.

La justicia estimula también la negación de la voluntad de vivir, pues la necesidad y el dolor, que son el destino de la vida, nacen de la vida misma y nos impulsan á la renuncia. Pero la caridad (*caritas*) va más lejos y nos conduce más deprisa al mismo resultado, puesto que inclina al hombre á tomar sobre sí los dolores que primitivamente correspondieron á otros; el hombre caritativo acepta una carga mayor que la que hubiera correspondido en el curso ordinario de las cosas. El que ama esta virtud reconoce su ser en cada una de las demás criaturas; identifica su suerte con la de la humanidad entera y esa suerte es

dura; es un lote de trabajos, de dolores, de muerte. Cuando el hombre, renunciando á todo privilegio del azar, no quiere otra suerte que la de la humanidad entera, no tarda en rechazar también ésta; el apego á la vida y á los placeres desaparece bien pronto, cediendo el puesto á la renuncia absoluta y entonces comienza la negación de la voluntad de vivir.

La práctica perfecta de las virtudes morales tiene por séquito, como podemos verlo en el mundo, la pobreza, las privaciones, dolores de todas clases. Por eso muchas personas, y acaso no sin razón, rechazan como superfluo el ascetismo entendido rigurosamente, á saber: la renuncia de todo caudal, la busca deliberada de todo lo que nos desagrade y repugna, las penitencias, el ayuno, el cilicio y las mortificaciones en general. La justicia es en sí misma un cilicio que causa al que lo lleva una mortificación incesante, y la caridad que se despoja de lo necesario es un perpetuo ayuno (1). Esto es lo que impulsó al budhismo á emanciparse del ascetismo exagerado y riguroso, que desempeña papel tan principal en el brahmanismo y á rechazar las maceraciones. Se limita al celibato, á la pobreza voluntaria, á la humildad y obediencia de los monjes y á la abstención de todo alimento animal y todo género de relaciones con el mundo. Puesto que

(1) Cuando se admite, por el contrario, la práctica del ascetismo, hay que añadir á los tres móviles de la conducta humana que expuse en mi obra sobre el fundamento de la moral y que son: 1.º, nuestro propio bien; 2.º, el mal de otro, y 3.º, el bien de otro, un cuarto móvil, á saber: nuestro propio mal. Hago aquí esta observación incidental, sólo para contemplar la serie sistemática. En mi Memoria, en que la cuestión sometida al concurso estaba planteada con arreglo al espíritu de la moral filosófica adoptada en los países protestantes de Europa, tuve que pasar en silencio ese cuarto móvil.

el fin á que conducen las virtudes morales es el que he indicado antes, la filosofía del Vedanta (1), dice con razón que cuando se ha conseguido el verdadero conocimiento y con él la resignación absoluta, es decir, después del renacimiento, la moralidad ó la inmoralidad de la conducta anterior, es indiferente y con ocasión de esto pronuncia una vez más la máxima tantas veces citada por los brahmanes: *Inditur nodus cordis, disolvuntur omnes dubitationes ejusque opera evanescent, viso supremo illo* (Sancara, esloca 22.) Esta concepción escandalizará de seguro á muchas personas, para quienes una recompensa en el cielo ó un castigo en el infierno, representan un comentario mucho más satisfactorio del valor moral de la conducta humana; entre otros el buen Windischmann, que nos expone esta doctrina, manifiesta la indignación que le inspira. A pesar de esto, cuando se tiene capacidad para llegar al fondo de las cosas, se advierte que estas ideas coinciden, en definitiva, con las del cristianismo y especialmente con las defendidas por Lutero, según las cuales la salvación no viene de las obras, sino de la fe que da la gracia; por consiguiente, nuestros actos no pueden justificarnos jamás y no podemos obtener el perdón de nuestros pecados más que por los méritos del mediador. Es fácil advertir que sin esta condición; el cristianismo tendría que establecer para todos penas perpetuas y el brahmanismo reencarnaciones perpetuas y que en ningún caso habría salvación posible. Si el mundo ha de salvarse,

(1) Véase J. Windischmann: *Sancara sive de Theologumenis Vedanticorum*, páginas 116, 117 y 121-123, y también *Upnekhat*, vol. I, páginas 340, 356 y 360.

las obras del pecado y sus consecuencias deben de poder ser redimidas y borradas algún día, ya por la gracia de otro, ya por las propias luces de un conocimiento rectificado, después de lo cual se hacen indiferentes. Esto significan también la penitencia y remisión de los pecados que el Cristo resucitado encarga anunciar definitivamente á sus Apóstoles y les da como clave de su misión. Las virtudes morales no son el fin, pero son un grado para llegar á él. En el mito cristiano este grado está representado por la ciencia cogida en el árbol del conocimiento del bien y el mal, con la cual comienza la responsabilidad moral al mismo tiempo que el pecado original. Este es la afirmación de la voluntad de vivir; la negación que va llegando á medida que se ilumina la conciencia, es la salvación. La conciencia moral reina, pues, entre ambos momentos; acompaña al hombre como una antorcha, alumbrándole el camino desde la afirmación á la negación de la voluntad de vivir; en lenguaje mítico se dice, desde el nacimiento del pecado original hasta la redención por la fe en Dios hecho hombre (avatares), ó bien en el idioma de los Vedas, al través de todos los renacimientos, seguidos de las obras de cada existencia sucesiva, hasta que el justo conocimiento, seguido de la liberación (emancipación final) nos lleve al *Mokscha* ó retorno al seno de Brahma. Pero los budhistas designan esto con una franca y leal negación; lo llaman *Nirvana*, que es la negación del mundo, del *Sansara*. Si definen el *Nirvana* como una negación, es porque el *Sansara* no suministra elemento alguno que pueda servir para definir y construir el *Nirvana*. Los jainas, que no se diferencian de los budhistas más que en el nombre, llaman á los brahmanes, que creen en los Vedas, *Sabdapramanas*, mote que

significa que creen lo que no se puede saber ni probar. (*Asiatic. Researches*, vol. VI, pág. 474.)

Muchos filósofos antiguos, tales como Orfeo, los pitagóricos y Platón (entre otros pasajes de sus obras, en el *Fedon*), deploran, como San Pablo, la unión del alma con el cuerpo y querrian emanciparse de ella. Comprendemos cuál es, en realidad, el motivo de sus quejas, pues sabemos, como queda expuesto en el segundo libro, que el cuerpo es la voluntad considerada objetivamente como fenómeno en el espacio.

El momento de la muerte es el que decide si el hombre va á caer en el seno de la naturaleza ó si no formará parte de ella y... Pero en este punto carecemos de imagen, de noción y hasta de palabras para expresar la antítesis, porque todo eso, imagen, noción, palabras, está tomado de la objetivación de la voluntad, de la cual forma parte, siendo por lo mismo impotente para expresar lo que es opuesto á eso en absoluto, de cualquier manera que sea: el contraste se resume para nosotros en una pura negación.

La muerte del individuo es cada vez la repetición de la pregunta que la naturaleza no se cansa de dirigir á la voluntad de vivir: «¿Estás ya harta? ¿Quieres desasirme de mí al cabo?» La vida individual es muy corta para que la pregunta pueda hacerse con la mayor frecuencia. En este espíritu están inspiradas las ceremonias, las preces y las exhortaciones de los brahmanes á los moribundos, tales como las describen los Upanischadas en diferentes pasajes. Por eso también la religión cristiana prescribe emplear bien los últimos instantes de la vida, consagrándolos á las exhortaciones, á la confesión, á la comunión y á la extremaunción; este es también el origen de la oración cristiana pidiendo á Dios que nos libre de una muerte re-

pentina. Si hay en el día muchas personas que desean una muerte semejante, es porque han abandonado el punto de vista cristiano, que es el de la negación de la voluntad de vivir por el de la afirmación, que es el sentimiento pagano. Pero el hombre que temerá menos ser reducido á la nada por la muerte, será aquel que haya comprendido que en la vida él ya no es nada y que no se interese ya por su fenómeno individual, porque la llama del conocimiento ha destruido y consumido de tal suerte la voluntad, que no conserva vestigios de ella, y ha perdido hasta el fogoso querer de la vida individual.

La individualidad es inherente ante todo á la inteligencia, pues la inteligencia pertenece al fenómeno, como que es su espejo, y el fenómeno tiene por forma el principio de individuación. Es inherente también á la voluntad, puesto que el carácter es individual; pero éste desaparece al par que se produce la negación del querer. Por consiguiente, la individualidad no pertenece más que á la voluntad que se afirma, y se separa de la voluntad que se niega. En el fondo, la santidad que atribuimos á toda acción sinceramente moral depende de que el hombre, al obrar así, ha comprendido que la esencia de todos los seres vivientes es numéricamente idéntica (1). Mas esta identidad no existe más que en el estado de negación de la voluntad (Nirvana), pues la afirmación (Samsara) tiene por forma de manifestación la multiplicidad de los fenómenos. Afirmación de la voluntad del vivir, mundo fenomenal, diversidad de los seres, individualidad, egoísmo, odio, maldad, todo esto procede de la misma fuente. Y de otra parte, mundo de la cosa en

(1) Véanse *Los Dos problemas fundamentales de la Ética*.